



[www.senado2010.gob.mx](http://www.senado2010.gob.mx)

[www.juridicas.unam.mx](http://www.juridicas.unam.mx)

## APÉNDICE 4

### AL EJÉRCITO NACIONAL LO QUE MANDA EL DEBER

Por el General de Brigada  
Abelardo L. Rodríguez

Me dirijo al Ejército emanado de la Revolución y quisiera con todos mis anhelos, que mi voz, inspirada por el más puro sentimiento patriótico tuviera eco en la conciencia y en el pensamiento de los señores generales, jefes y oficiales que siguen la carrera más digna de un hombre y más honrosa para un ciudadano.

Deseo sinceramente que la noble clase de tropa del Ejército Nacional me escuche, porque esa masa anónima y heroica que ha regado con su sangre toda la extensión del territorio nacional; esa clase militar que es la que menos pide en las victorias y la que más pierde en las derrotas, es la más digna de ser apartada de los conflictos políticos en que vana e infamemente se trata de mezclar al Ejército Nacional.

No soy ni pretendo ser hombre de letras. Para decir la verdad y para hablar a los soldados no se necesita recurrir a los recursos que ofrece la literatura. Me basta la concepción amplia de un ideal vertido con sinceridad, para que todos me entiendan y todos perciban el sentimiento patriótico que me mueve a dirigirme a mis compañeros de armas.

Apenas empieza a iniciarse el movimiento electoral y ya la ambición sopla a los oídos del pueblo que las simpatías del Ejército están a favor de determinados candidatos, quienes

ya por medio de la prensa o de sus amigos, no han vacilado en asegurar que cuentan con el *apoyo de las tropas*.

¿Hasta cuándo el Ejército, noble institución destinada exclusivamente a guardar el orden en el interior y a defender el honor nacional, dejará de ser la esperanza de los ambiciosos que pretenden utilizarlo como escalón para subir a los puestos más encumbrados?

¿Hasta cuándo la *carne de cañón* se dará cuenta de la alteza de su cometido contestando con el más profundo desprecio a lo que pretenden hacerle olvidar sus sagrados deberes patrióticos?

¿Hasta cuándo esos candidatos a la suprema magistratura se convencerán de que el apoyo que solicitan deben buscarlo en la opinión pública y no en la institución armada que se llama Ejército?

Hasta que esa misma institución consciente de su alta y noble misión, no arraigue en su espíritu la idea, de que no tiene más norma que la Ordenanza General del Ejército ni más partido que el del Supremo Gobierno de la República representado por el Presidente Constitucional.

Es tiempo ya de que los soldados obliguemos a los políticos a que nos descarten cuando se trata de solucionar los problemas que sólo al pueblo mexicano corresponde resolver. Es tiempo ya de que los que piden votos no busquen más el apoyo de los fusiles y de que, a los vivos a los diferentes aspirantes a la más alta magistratura, contestemos los miembros del Ejército con un viva unánime y estentóreo: ¡VIVA EL SUPREMO GOBIERNO!

Mientras que el Ejército no cumpla su más alta misión que consiste en mantener inviolable el honor nacional, nos toca cumplir con el patriótico cometido de velar por las instituciones establecidas conservando el orden en el interior del país. Que luchen los partidos. Que los candidatos pugnen por sí y

dentro de la ley por conquistar el voto. Que recurran a todos los procedimientos lícitos, pero que se abstengan de buscar el apoyo y las simpatías del Ejército, *pues la protesta sagrada otorgada frente a la bandera, nos encadena a la fe jurada a las leyes que emanan de nuestra Carta Magna, entre las que se cuenta la Ordenanza General del Ejército que nos veda mezclarnos en cuestiones políticas.*

La vida de la nación desde la consumación de la Independencia hasta época no muy lejana, ha seguido el doloroso calvario de nuestras guerras civiles, marcado por la participación del Ejército en las pugnas por las conquistas del poder público.

La indisciplina y la ambición han logrado por largo tiempo corromper la fidelidad del Ejército para transformarlo en instrumento de los políticos, los que una vez encumbrados sobre pedestales de poder cimentados sobre cadáveres de soldados sacrificados en lucha estéril, nos hicieron con tal obra de corrupción más que sembrar la semilla de hondas divisiones entre la familia mexicana, semilla que ha seguido fructificando en nuevos sacrificios y más crueles luchas, a medida que nuestro México, empujado por la senda de las asonadas y las revoluciones a base de cuartelazo, continúa exangüe y macilento cumpliendo el destino marcado por la ambición de sus malos hijos.

Los soldados de la Revolución prometimos al pueblo devolverle los derechos que le restó la dictadura. Enarbolamos la bandera de la democracia, y por ella luchamos y por ella sucumbieron muchos de nuestros hermanos. ¿Por qué rotas las cadenas de la esclavitud dictatorial, del mismo seno de la Revolución brotan candidatos que parecen prescindir de los principios proclamados y en vez de pedir el apoyo del voto público, inician su aparición en la liza política diciendo por sí, o por intermedio de sus portavoces, que cuentan con el apoyo del Ejército?

¿Somos acaso los que abrazamos la causa de la Revolución inspirada por ansias de libertad y ayunos de ambiciones, mercenarios sin conciencia dispuestos a prestarnos, como expresé anteriormente, para servir de escalón a los que no tienen más que ambiciones de poder con entera despreocupación de lo que dicte el voto de la población civil de México?

Sólo la vitalidad enorme de nuestro país ha podido mantener a flote nuestra exangüe nacionalidad después de un siglo de luchas intestinas en las que el Ejército ha tomado parte muy activa.

La existencia precaria de otros países hispanoamericanos con menos savia vital que el nuestro, debería servirnos de saludable ejemplo.

Cuando la industria, la agricultura y el comercio desaparecen para dejar el paso franco a la guerra civil encendida por los políticos; cuando la sangría del presupuesto militar absorbe toda la riqueza pública y todas las energías de los habitantes de un país, no hay mejor oportunidad para que cristalicen en horrible realidad los peligros del exterior eternamente en acecho. ¿Acaso los mexicanos, de continuar por la senda que nos marca nuestro pasado, estamos preparando para nuestro querido México la misma suerte que ahora lamentan países más pequeños pero también sometidos por largos años al mismo vaivén de las guerras intestinas?

El ejército americano y los ejércitos de otros países del Viejo Continente deberían servirnos de saludable ejemplo en lo que respecta a su actitud en las pugnas del orden político. Todos sabemos que en Inglaterra y Francia, el ejército se mantiene completamente alejado de las luchas electorales y que sólo interviene en los conflictos que con ese motivo se producen, cuando los trastornos del orden público toman caracteres que no puede dominar la fuerza de la policía; pero más conocidos que los ejemplos que dentro de este orden de

ideas nos ofrecen los países europeos, es para nosotros el que presenta la poderosa Unión norteamericana. Durante la lucha electoral las mujeres, los viejos y los jóvenes no tienen más tema para sus conversaciones que las posibilidades de triunfo de los candidatos; ese mismo interés se manifiesta en clubes, calles, tiendas de comercio y casas particulares, menos en los cuarteles, en donde el problema de la sucesión presidencial, tiene para los militares, menos importancia que el juego de béisbol anunciado con la participación de los jugadores más afamados.

Loco de atar sería declarado en Estados Unidos o en Francia el candidato a Presidente que se dijera respaldado por la fuerza militar y la risa que tal afirmación despertara acallaría las aclamaciones de los partidarios de tal candidato.

Quisiera imprimir a mis palabras la convicción de que las inspira para que con la fuerza de penetración que tiene el sello del escudo nacional que distingue a los fusiles reglamentarios, se grabara en el ánimo de los soldados, de los oficiales, jefes y generales del Ejército con mando de tropas, esta determinación: *Jamás ensangrentaré el suelo de mi Patria sirviendo de escalón a los políticos que así quieran utilizarme.*

¿Quién de nosotros no se ha dado cuenta del lento trabajo de reorganización, de los esfuerzos de todo género que ha debido desplegar en los últimos años el Gobierno de la República para sacudir el relajamiento y la desorganización producidos en el Ejército por la sublevación de los generales Estrada y Sánchez? Todos hemos palpado las consecuencias que en el orden político, económico e internacional tuvo esa asonada y el baldón de desprestigio y vergüenza que puso sobre todos los militares que, faltando a sus sagrados deberes, oyeron la voz de la indisciplina y la traición, volviendo contra el Supremo Gobierno las armas que la nación había puesto en sus manos para salvaguardia de las instituciones.

Cuán caro pagaron los ambiciosos y los inocentes error tan tremendo y falta tan vergonzosa. ¿Pero quiénes perecieron en el bando de la sublevación? No fueron los generales ni los promotores del cuartelazo. No fueron los elementos directores los que sufrieron las fatigas de la campaña, ni las amarguras de la derrota, ni el castigo impuesto por las fuerzas leales. Los campos se llenaron de cadáveres; en las ambulancias faltaron camillas para levantar a los heridos pero entre los muertos no figuraron los cabecillas políticos. Después de su obra nefasta, después de romper los lazos de la subordinación, de la fidelidad y de la disciplina de las unidades que lograron sublevar y deponerlas bajo el fuego de las fuerzas leales, cuando sonó la hora de la derrota, fueron los primeros en ponerse en salvo y en marcharse al extranjero con las bolsas bien repletas del oro acumulado, mientras *la carne de cañón*, los engañados, los que olvidaron sus altos deberes de fidelidad para el Gobierno construido, dormían el sueño eterno de la fosa común no lejos de las carroñas de los caballos que con las patas al aire servían de festín a los buitres.

Todos queremos que el Ejército sea motivo del espanto y del cariño de la nación, pero para alcanzar tan preciada recompensa, todos los componentes de la fuerza armada debemos ser ante todo, una garantía y no una amenaza para las instituciones. Sólo un alto concepto y la práctica de la disciplina, de la subordinación y de la fidelidad al Supremo Gobierno, pueden conquistarnos ese respeto y ese cariño. Corresponde a los jefes con mando de Batallón o Regimiento inspirar y desarrollar esas virtudes entre sus subordinados, estableciendo a la vez entre el mando superior y las categorías inferiores, los fuertes lazos que cría el espíritu de cuerpo. Cuando un soldado o un oficial se siente orgulloso de ostentar el número distintivo de la unidad a que pertenece; cuando el espíritu de fidelidad y disciplina que inspira al que manda ha penetrado

en todas las jerarquías, el jefe de esa unidad puede estar seguro de que no habrá influencias extrañas que logren malear a sus subordinados, ni habrá fuerza posible que pueda romper las ligas que la disciplina y el concepto del deber han establecido entre el jefe y los subalternos.

No es una empresa difícil inspirar en el ánimo de oficiales y tropa un hondo sentimiento de fidelidad cuando los jefes están bien penetrados de los deberes que les impone su honor militar y ponen su ejemplo como base de esa tendencia. En cambio, cuando el mando superior se encarga de sembrar la semilla de la murmuración y es el primero que censura y comenta en presencia de sus inferiores las disposiciones y los actos del Gobierno; cuando por inconsciencia u otros motivos discute la situación del país mostrando sus simpatías o desapegos por nombres determinados, no hace más que despertar en los subalternos el espíritu partidista que con gran desdoro de la disciplina, acaba por transformar la sala de banderas en un club político.

No es esa la alta misión de un jefe de cuerpo ni es ese el medio para despertar y avivar los sentimientos de fidelidad hacia el Supremo Gobierno de parte de los subalternos. La experiencia con sus amargas enseñanzas, ha mostrado los perniciosos resultados de esa actitud que empieza por relajar los lazos de la disciplina y termina con manifestaciones más graves.

Por más de medio siglo, los sargentos primeros de cada compañía y escuadrón acostumbrados, al toque de diana y antes de la distribución del haber diario, pronunciar el sacramental: “¡Compañía! Buenos días,” seguido del “¡Viva el Supremo Gobierno!”, coreado por todos los individuos de la unidad. Tal costumbre, resto de viejas ordenanzas militares, se conservó en México en todos los cuarteles y por más que el hábito resultaría hoy anticuado, hay que convenir que en cierto

modo, marcaba en la mente primitiva de los soldados de esas épocas, la tendencia de considerar al Supremo Gobierno como la más alta autoridad y como el símbolo de algo que aunque confuso y envuelto en la niebla de la ignorancia de los soldados, representaba obligaciones de respeto, subordinación y fidelidad ciega.

La vieja práctica, por anticuada e inútil que se le considere, fue originada por el sentimiento de desconfianza que inspiraba la clase de tropa reclutada por la fuerza de la leva o formada por el desecho de las cárceles del país. El reclutamiento voluntario instituido por la Revolución, hizo desaparecer a los reemplazos conducidos al cuartel atados por los codos, para dar lugar a los contingentes de ciudadanos libres que por propia voluntad visten hoy el uniforme.

*No son ahora las clases de tropa las que significan la amenaza y el peligro radica en la labor corruptora de los que, antes de consultar la opinión pública única que habrá de respaldar sus aspiraciones políticas, vuelven sus ojos a los cuarteles y lanzan en seguida la antipatriótica y necia afirmación de que el Ejército está con ellos.*

No son ahora los que cargan el fusil los que deben repetir cada madrugada al toque de diana VIVA EL SUPREMO GOBIERNO. Somos nosotros, los que ostentamos las insignias del alto mando; son los jefes y oficiales en servicio a cuyo espíritu y honor se ha encomendado la salvaguardia de las instituciones los que debemos decir a una voz: VIVA EL SUPREMO GOBIERNO.

La Ordenanza Militar con todos sus rigores, nos deja la puerta franca para que no sacrifiquemos nuestras aspiraciones y nuestros derechos como ciudadanos. Ahí está la licencia absoluta como recursos fácil para los que con inclinaciones para las luchas políticas, quieran alejarse de la carrera de las armas. Pero hay que tener el valor y la honradez para tomar un partido y no pretender nunca asumir simultáneamen-

te, el papel de político y la condición de soldado en servicio activo.

Sería interminable la lista de las asonadas o motines militares ocurridos en nuestro México desde su independencia, si me pusiese a hablar de todos ellos en estas líneas. Sin embargo, como es mi deseo demostrar hasta qué punto han perjudicado los llamados cuartelazos o movimientos militares a nuestro país, hablaré de algunos más funestos. El que inició esa serie de desórdenes en los que se pierde la noción de la disciplina y el concepto del honor, volviendo las armas hacia el Gobierno que las ha puesto en manos que creyó honradas para la defensa de la integridad nacional, fue el movimiento que proclamó a Iturbide emperador de México, la noche del 18 de mayo de 1822. Todos los que ha hojeado la historia Patria conocen los antecedentes de este motín militar, que tuvo como consecuencia inmediata el retroceso en la marcha hacia nuestra verdadera independencia nacional, amén de dar el doloroso contingente de viudas, huérfanos y vidas tronchadas en flor, por las ambiciones de los demás, vidas que hubiesen sido quizá útiles a su patria en verdaderos momentos de prueba, o en otras actividades que las propiamente militares.

Sin ese precedente funesto, ¡cuánta sangre se hubiese ahorrado en nuestro país, y cuántos retrasos se hubiesen evitado, en nuestra marcha hacia los horizontes de oro de un país libre y civilizado, consciente de sus derechos y de sus deberes!

A este movimiento, netamente militar, siguió en el mismo año la sublevación del general Antonio López de Santa Anna, quien puso su interés personal por encima de sus deberes de soldado. El imperio le había separado del puesto de Comandante militar de la plaza de Veracruz, y en venganza proclamó la República en el puerto. Los soldados que se suponía defendieran al supremo Gobierno, sea este cual fuese, ya que

su palabra de honor estaba en ello empeñada, aprovecharon las armas dadas para la defensa de la nación, volviéndolas contra las autoridades. La semilla de la infidencia había sido sembrada, y empezaba a echar raíces profundas en el alma de los criollos ambiciosos, que veía en el Ejército un elemento fácil de explotar, ya que los soldados han tenido siempre la instrucción de seguir a sus jefes, aunque sea torcido el camino que les marquen. La disciplina militar, que en este caso se esgrime como una arma para arrastrar a la infidencia a los que no tienen más remedio que cumplir con ella, es el pretexto de que se sirven los que han faltado a los más elementales compromisos del honor.

Firmado el plan de Casa Mata en 1823, la nación entera se sumió en un estado de anarquía, resultado de las sublevaciones militares. Los jefes habían sorprendido el secreto del poder, y con facilidad cambiaban de ideas políticas que los militares no deben tener, dentro de la disciplina férrea del Ejército levantándose en armas ahora contra este, luego contra aquel, a reserva de declararlo salvador de la patria más tarde, y lanzar el antema de su odio contra el que los había elevado al rango que tenían.

Las elecciones presidenciales, en 1828 volvieron a hacer que sobre la patria se abatiesen los horrores de un cuartelazo infamante. Los partidarios de Guerrero, en su mayoría generales de la Independencia, no estuvieron conformes con el triunfo del general Gómez Pedraza, y levantaron en armas a sus batallones, hasta que el año siguiente era derrocado el Presidente de la República, para poner en su lugar al candidato perdido, pero que había apelado a la fuerza de las armas cuando la del voto popular le fue adversa: don Vicente Guerrero. Ahí está la historia, con sus páginas dolorosamente irrefutables, despojadas de todo sentimentalismo y todo espíritu parcial, para darme la razón. La poca fidelidad del Ejército,

que había demostrado ser tan valeroso como las multitudes, llegó a oídos de los españoles, y confiando en ella mandaron la funesta expedición de Barradas.

En 1829, el general don Anastasio Bustamante, vicepresidente de la República dio oídos a la voz encantada de las brujas de Macbeth. Nuevamente el Ejército que se había cubierto de gloria contra el intento de reconquista de los españoles fue arrastrado a la traición, y las armas fueron vueltas contra Guerrero, que simbolizaba de cualquier manera la autoridad suprema.

Los soldados a quienes Guerrero había llevado a la victoria al consumarse la Independencia; muchos de aquellos guerrilleros que con él habían compartido el plan del infortunio y habían sacrificado su bienestar por consumir la magna obra de Hidalgo, olvidaron sus promesas y marcharon contra él, de la misma manera que antes habían marchado contra los batallones realistas. Su trágica muerte, que despertó un sentimiento de odio contra una institución que debía ser respetada por los mexicanos, fue la resultante de esta inconstancia criminal. Por la cuarta vez en diez años, se había fraguado un movimiento dentro de los cuarteles, aprovechando el rancho y la soldada de la nación, precisamente para hacer armas contra el que estaba investido con la representación de la suprema autoridad. ¿Qué podía esperarse de un ejército tan corrompido, no que siguiese la cadena de las traiciones que había iniciado Pío Marcha y secundado con todo éxito el funesto general Santa Anna?

Más doloroso; de consecuencias más tremendas para nuestra vida nacional, fue el levantamiento militar que en el orden cronológico sigue a los que he mencionado ligeramente en las páginas anteriores. En 1848, cuando los norteamericanos invadían nuestro suelo sagrado, por causas que son conocidas de todos, el Presidente de la República don José Joaquín

ha hecho intolerable, el pueblo está en su derecho para derrocar a los tiranos y reconquistar los derechos conculcados por los ambiciosos. Pero he dicho el pueblo, y no el Ejército. Desde el momento en que el ciudadano se convierte en soldado, su deber está ligado con el que encarna al Supremo Gobierno, quien le ha dado un arma, no para que defienda tal o cual político, sino para que con ella vele sobre la integridad nacional, y sea una protección para las instituciones.

He querido hacer resaltar los graves perjuicios que para la nación, la madre común de nuestros hijos y de las generaciones que les seguirán, arrastran esas asonadas militares, que deben desaparecer para siempre de la historia de México. Demasiada sangre se ha derramado en aras de la ambición de un hombre; demasiadas miserias se han extendido sobre nuestro México en los años que van desde que conquistamos nuestra independencia para que sigamos por ese camino torcido, que acabaría por llevarnos a la anarquía y a la ruina. El deber de los que ahora ejercemos mando militar, en el país, está en desalentar todo intento de cuartelazos futuros, poniendo un hasta aquí a prácticas que no pueden llevarnos sino al desastre. La historia está allí, con su dedo imponente señalándonos el pasado, cuyas páginas están manchadas de sangre y de traición.

No podría terminar esta invocación a la fidelidad al Supremo Gobierno de parte de todos los componentes del Ejército Nacional, sin tratar de establecer la demarcación que separa a la obediencia que se debe al superior *en todo lo que mande en asuntos del servicio ya sea por escrito o de palabra*, del acatamiento de las disposiciones de cualquier militar con mando, cuando esas órdenes desconocen la fidelidad que se debe al Supremo Gobierno, demarcación que sin necesidad de disertaciones largas y confusas se pone de manifiesto con un ejemplo ocurrido hace pocos años:

El jefe de una pequeña guarnición en el interior de la República, pretendió arrastrar consigo para engrosar las filas de los sublevados, al oficial subalterno y a la fracción de tropa que estaban bajo sus órdenes a los que formó y arengó, invitándolos, previas las promesas del caso, a que hicieran armas contra el Gobierno, terminando con un ¡viva! al caudillo de la diserción. A ese ¡viva! contestaron los leales con otro más vigoroso al Supremo Gobierno de la República, procediendo en seguida a desarmar y poner a disposición de la superioridad al traidor que quiso llevarlos a la sublevación. Allí está bien delineada la frontera que separa la subordinación que previene la Ordenanza General del Ejército, de la obediencia ciega al mandato que envuelve una traición.

¡Señores oficiales del Ejército! ¡Combatientes de la clase de tropa! Si alguno de los candidatos a la Presidencia de la República en la lucha política que se avecina pretende corrompernos y hacernos olvidar los más sagrados deberes para la Patria, recordemos el honrado y valiente ejemplo de ese oficial y de esos soldados que conscientes de su deber militar, celosos de su nombre y de la reputación del Ejército, mostraron en aciaga época de sublevaciones la actitud más digna, la única que corresponde a todos los miembros del Ejército lo mismo a los que ostentamos charreteras que a los que visten el honroso uniforme de soldado. Maldigamos a los candidatos que digan: *Yo cuento con el Ejército*, El Ejército no es instrumento de candidatos ni servirá de peldaño a hombres cuya sola ambición es el supremo mando. Si esos candidatos que se jactan de ser demócratas y de principios, sólo cuentan con el apoyo del Ejército para llegar a la meta de sus ambiciones, eso significa que no son demócratas ni tienen principios, ni son patriotas, pues absortos en sus miras personales se olvidan de la sagrada misión del Ejército y *de que es la mayoría de*

*los ciudadanos de la República* la que debe resolver qué hombre le conviene al país para que rija sus destinos.

Que sea el Ejército mismo el que le señale a esos hombres cómo debe practicarse la democracia diciéndoles: “Ocurre al voto popular y si triunfas entonces el Ejército cumpliendo su deber será tu apoyo; pero nunca será tu apoyo el Ejército para que triunfes.”

Mexicali, B. C., junio de 1927.